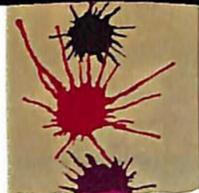




Dossier



UN FANTASMA  
QUE RECORRE  
EL MUNDO  
EL ROSTRO DE LA VIOLENCIA

## Juárez: crimen y trabajo

Manuel Loera de la Rosa

### 1. Empleo, mercados de trabajo y desarrollo en Latinoamérica

Por muchos años, la pobreza de los países latinoamericanos, africanos y asiáticos se vinculó a la falta de empleo productivo. Las doctrinas más acabadas de los teóricos del desarrollo concluían que el gran problema económico de los países atrasados era su incapacidad para aprovechar productivamente la fuerza del trabajo disponible. Arthur Lewis, acaso el pensador más conocido de entre quienes se preocupaban por los problemas de las antiguas sociedades coloniales, llegó a estimar que más del 25% de la fuerza de trabajo estaba subutilizada y que el gran secreto de una estrategia de desarrollo exitosa radicaba en diseñar un modelo de organización económica capaz de aprovechar productivamente toda esa legión de desempleados, subempleados o trabajadores improductivos que constituían, en sus propias palabras, una "oferta ilimitada de mano de obra" con dos rostros: uno visible y muy conocido que resultaba de la incapacidad de estas sociedades para ofrecer ocupaciones adecuadas a su población siempre creciente; pero otro oculto, que encerraba un gran potencial que de aprovecharse adecuadamente podría romper el círculo de la pobreza.

En los años sesenta esta teoría, en convergencia con la doctrina marxista y el surgimiento de una línea de pensamiento latinoamericana, tomó mucho de este planteamiento de Lewis y elaboró lo que se convirtió en un paradigma cuyo postulado central coincidía en que el principal rasgo de la pobreza de las grandes aglomeraciones urbanas era de nuevo su incapacidad para aprovechar plenamente la mano de obra de quienes radicaban en principales ciudades latinoamericanas. Se

observaba que la capacidad de asimilación de los flujos de campesinos que inundaban las ciudades era limitada y selectiva pues, paradójicamente, en contra de lo que veremos más adelante, las empresas más dinámicas, regularmente ligadas a los grandes consorcios transnacionales de ese tiempo, generaban un número muy limitado de plazas, invariablemente destinadas a los residentes más antiguos, con todas las ventajas sobre los inmigrantes recién llegados, pues poseían mayores niveles de escolaridad y un conocimiento más acabado de las oportunidades que ofrecían las empresas mejor establecidas.

La conclusión de esto era contundente: el acelerado crecimiento económico observado después de la segunda guerra había devenido en sociedades urbanas divididas, con un segmento relativamente bien integrado, conformado por residentes nativos o inmigrantes bien establecidos y otro marginado, donde predominaban la población cuya inserción en la ciudad y en la fuerza laboral era reciente, inestable y sumamente desventajosa.

En todas condiciones los grandes problemas de nuestras sociedades, presentes con mayor fuerza en las grandes ciudades latinoamericanas, radicaban en su incapacidad para

otorgar empleos suficientes a quienes los demandaban. Se advertía en ello una característica estructural, insuperable de no existir un cambio radical al modelo, y causa de inestabilidad en el sistema, capaz de amenazar su buen funcionamiento que, lejos de superarse, con el tiempo se agravaría. Este diagnóstico a principios de los años setenta ya era desolador: identificaba tasas conjuntas de desempleo y subempleo próximas al 40 por ciento y no se detenía en atribuirle sólo la causa de la pobreza material de las familias segregadas sino, además, la causa de otros muchos problemas, como la persistencia de patrones culturales refractarios a la modernización, la escasa participación política y, en no pocos casos, un impacto definitivo en el crecimiento de las conductas delictivas. Los mayores peligros y riesgos para el desarrollo pleno de la sociedad, en mucho dependían de la capacidad para generar oportunidades de empleo a quienes lo demandaban. Pero esto parecía imposible cuando la sociedad internacional se acercaba justo a una crisis que traería mayores dificultades para generar las plazas de trabajo demandadas a los congestionados mercados de trabajo de los países latinoamericanos.

## 2. Desempleo, giros negros y desarrollo industrial en la frontera

Mientras en las grandes ciudades latinoamericanas este paradigma se presentaba como el modelo más robusto para comprender los grandes problemas de las capitales, en la frontera, por esas razones y otras adicionales asociadas a su aislamiento respecto al progreso industrial suscitado después de la segunda guerra, la situación era verdaderamente crítica. Sus niveles de desempleo eran sensiblemente más altos que en esas grandes ciudades que, aún encajando en el paradigma de urbes con segmentos de población marginales muy elevados, habían disfrutado los beneficios de un despegue industrial relativamente prolongado. Lejos de la expectativa generada a mediados de los cincuenta, que llevó a pensar a políticos y empresarios que la industrialización con base en empresas mexicanas era posible, la situación era otra. En muchos sentidos era insostenible, pues además de que no habían emergido nuevas industrias que aprovecharan el potencial de crecimiento, tantas veces identificado, la vieja estructura industrial doméstica que había florecido al calor de los buenos años que siguieron a la segunda guerra, al no poder competir con la expansión de las grandes industrias nacionales, se había derrumbado, agravando la escasa capacidad de la ciudad para generar plazas de trabajo.

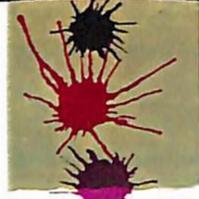
Pero esta grave situación económica en las ciudades fronterizas alcanzaba proporciones más dramáticas, pues en ellas la leyenda negra que se narraba sobre la perversa vocación de las ciudades fronterizas siempre se había vinculado a su incapacidad para generar actividades civilizadas, decorosas y alejadas del vicio y la prostitución. Se erguía esta leyenda de nuevo, desafiante, amenazando con una nueva era de inestabilidad y pobreza urbana que debía ser atendida con urgencia y, de ser necesario, bajo un marco mucho más flexible y abierto a nuevas oportunidades que contradecían abiertamente el modelo vigente de desarrollo.

Esto es clave en el contexto de este ensayo,





## Dossier



### UN FANTASMA QUE RECORRE EL MUNDO EL ROSTRO DE LA VIOLENCIA

pues en la frontera norte de México, durante décadas, políticos, empresarios y líderes siempre estuvieron convencidos de que la gran solución para abatir los elevados niveles de delincuencia estaba en crear nuevas oportunidades de trabajo alejadas del complejo de actividades prevaeciente, dominado por giros negros, donde abundaban los garitos, bares y casas de citas que operaban como veneros del vicio y toda variedad de conductas delictivas. Pero la situación era otra y era muy grande el riesgo de que bajo ese modelo, vinculado al ocio forzado, las conductas delictivas se generalizaran. Algo que debía superarse a cualquier precio.

### 3. Cargas laborales y expansión industrial en Juárez

En Ciudad Juárez, toda esta expectativa de crecimiento, cifrada en la generación de empleos industriales que incorporaran al mayor número posible de los segmentos de la fuerza de trabajo radicada en la ciudad, con el tiempo fue cumpliéndose mucho más allá de lo imaginado por quienes a mediados de los años sesenta veían en las ocupaciones industriales el remedio para sacar a Juárez de su estancamiento y para protegerla de los peligros que entrañaba el predominio de actividades indeseables.

Gracias a un modelo de industrialización centrado en empresas maquiladoras, la ciudad ya era, en 1978, el principal polo de atracción nacional de estas inversiones respondiendo con ello, en parte, a la expectativa de crear un volumen de empleos industriales que corrigiera, en definitiva, una vieja y muy cuestionada vocación limitada a la agricultura y los servicios. En esta marcha hacia 1980 la ciudad ya tenía otro rostro: su fuerza de trabajo femenina, siempre alejada de las labores industriales, ahora ocupaba más del 75% de estas posiciones en las empresas maquiladoras y su presencia relativa en estos sectores era incomparablemente superior a la de cualquier otra ciudad, incluidas las de vieja tradición industrial como León, Puebla, Monterrey o la ciudad de México. En ninguna de ellas la

inserción de las mujeres en ocupaciones industriales conectadas directamente con el proceso de trabajo había alcanzado los niveles ya registrados en Ciudad Juárez, donde más del 50% de las mujeres entre 20 y 24 años estaba participando en actividades urbanas, mientras en ciudades como San Luis Potosí, con una estructura económica aún muy tradicional, ni el 10% de las mujeres jóvenes estaba inserta en este tipo de ocupaciones.

En sólo quince años de presencia de la industria maquiladora, la transformación ya era profunda. Se había cumplido en parte la expectativa de dotar de empleos industriales a la población pero, para muchos, la tarea no estaba acabada. Los hombres seguían al margen, sin tener oportunidades de insertarse masivamente, como las mujeres, en este auge económico que aún muchos veían como un proceso transitorio. Por ello, las visiones sobre el futuro pronto se dividieron. Para quienes sólo pensaban en el crecimiento y las oportunidades de hacer negocios aprovechando esta vorágine, el problema de la discriminación en perjuicio de la mano de obra masculina tenía una solución: más de lo mismo. Y el mercado, en una nueva ola de expansión, ajustaría esta segregación. Sin embargo, para la otra visión,

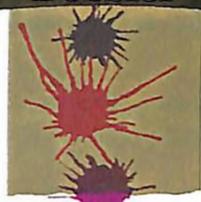
el problema no sólo era crecer, sino valorar los nuevos efectos de una expansión que absorbía de manera tan amplia y extensa a un segmento de la población que jugaba un rol clave en la organización del trabajo doméstico para, sobre esa base, proponer programas de compensación y atención que evitarían daños severos a la estructura familiar.

Pero las voces de la segunda visión, que hablaba de la necesidad de realizar una profunda reflexión sobre los impactos sociales de esta expansión tan acelerada, no recibieron mayor atención por dos razones fundamentales: en poco tiempo se suscitó una severa crisis nacional que trivializó cualquier discusión sobre los efectos perversos del crecimiento económico y, por otro lado, nunca se contó con la evidencia de algún daño mayor en la vida y la organización social. En cuanto al deseo de transformar nuestra ciudad en una comunidad industrial, se estaba avanzando, y si bien el vicio y las conductas delictivas no se habían reducido sustancialmente, tampoco representaban una amenaza relevante. Por lo demás, se podía sostener que las conductas derivadas no podían reducirse mientras los hombres estuvieran marginados del trabajo, como lo estaban en ese momento.

El desenlace de este dilema, quienes vivimos en la frontera lo conocemos de sobra. El mundo, nuestro país y todas sus comunidades enfrentaron una severa crisis que transformó los paradigmas de desarrollo, generando una nueva perspectiva mucho más limitada donde no cabía una mayor reflexión sobre los efectos sociales del crecimiento económico, pues el sólo tenerlo representaba la mejor de las oportunidades posibles en un escenario desolador donde las regiones y las ciudades perdían sus fuentes tradicionales de trabajo sin recibir nada a cambio. Sobre esta base ideológica vinieron otras dos décadas que trajeron a la ciudad muchas más oportunidades de empleo que las imaginadas por los promotores de la industria maquiladora; en poco tiempo se atrajo hacia el mercado laboral también a los hombres y a otros segmentos que antes habían estado al margen de estas ocupaciones ordenadas bajo un régimen de trabajo industrial mucho más absorbente y controlado que las demandadas por las actividades tradicionales.

Con una expansión semejante, la mano de obra disponible, resultado de la reproducción natural, nunca fue suficiente, por lo que a la multiplicación de plazas de trabajo siguió un flujo de inmigrantes que, en una primera fase, provino de los territorios que conformaban la zona de influencia tradicional. Pero después, al ser dichas plazas insuficientes y al pronunciarse la crisis del sureste, emergió una nueva red de mano de obra, movilizada justamente desde el sureste. Con ello, la ciudad conoció un periodo la expansión excepcional, más allá de su propia historia y de lo que ocurrió en otros territorios. Pero ésta no era una bonanza tradicional: era una diferente, en la que los inmigrantes tenían todas las oportunidades de encontrar un empleo permanente, muchas veces con independencia de su experiencia y niveles de instrucción, al punto de que en algún sentido podría afirmarse que los recién llegados se beneficiaban de políticas de contratación que los preferían frente a la mano de obra nativa.

Dossier

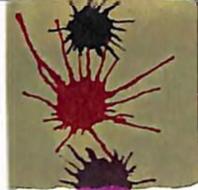


**UN FANTASMA  
QUE RECORRE  
EL MUNDO**  
EL ROSTRO DE LA VIOLENCIA





## Dossier



### UN FANTASMA QUE RECORRE EL MUNDO EL ROSTRO DE LA VIOLENCIA

Se conformó así un mercado de trabajo muy alejado del paradigma latinoamericano influido por la teoría de la marginalidad, en el que la norma es la de oportunidades abiertas de trabajo permanente sin discriminación alguna, cuando se trata de mano de obra no calificada, y en donde los inmigrantes recientes tienen tantas o más oportunidades de emplearse.

#### 4. Los saldos sociales y una nueva leyenda negra

No hay duda de que este panorama, visto desde la perspectiva de la dinámica económica de la ciudad, era excepcional: satisfacía plenamente el sueño de convertirla en un emporio industrial, así fuera fundado en empresas extranjeras, máxime si se consideraba que la mayor parte del país adolecía de una incapacidad crónica para generar empleos. Por ello no había duda: en materia de empleo, la posición de la ciudad era inmejorable. Pero, ¿qué había de los saldos en otros ámbitos? La anhelada esperanza de cambiar definitivamente el rostro a la ciudad, ¿se había cumplido? Con tantas oportunidades laborales para los segmentos más variados de la ciudad, disfrutando de tasas de desempleo próximas a cero, ¿el fantasma del vicio, la delincuencia y el crimen se había desvanecido?

Desgraciadamente, la respuesta a estas cuestiones era exactamente opuesta a lo esperado. La experiencia de Juárez nos hablaba de una situación singular en la que, conforme se multiplicaban las oportunidades de trabajo, crecían los índices delictivos y particularmente los más graves, como los delitos sexuales y los homicidios. Así se indicaba que la gran promesa de combatir las conductas delictivas con trabajo permanente y formal, dentro de grandes empresas industriales, no se había cumplido. En la medida en que estas oportunidades se expandían, los índices de delitos graves habían escalado, situándose en niveles muy superiores a los registrados en ciudades europeas o norteamericanas donde, por ejemplo, las tasas de homicidio medidas para cada cien mil habitantes, sólo en casos excepcio-

nales alcanzan dos dígitos, mientras que en Juárez, desde principios de los años noventa, esta tasa siempre ha estado por encima de 15 homicidios.<sup>1</sup> Pero si este contraste no es aceptable por las obvias diferencias de contexto urbano y social que nos separan de las ciudades más y mejor desarrolladas del mundo, advertimos que al calor de nuestra más larga bonanza económica alcanzamos niveles superiores al promedio nacional de 13.35 y mucho más cercana a las que se observan en estados sumamente atrasados como Oaxaca, Chiapas y Guerrero, con tasas en 2002 equivalentes respectivamente, a 38.5, 33.9 y 27.13.

Es posible que para muchos éste sea un dato aislado, sin mayor relación con el tema central de este ensayo. Mas, ¿cómo perder de vista que, justo en el periodo de mayor expansión del empleo permanente en Juárez, la tasa de homicidios se disparó alcanzando niveles muy por encima de los registrados en cualquier momento de su historia? Los datos a propósito no dejan mentir. Mientras que Juárez se erigía como la ciudad del país con más empleos estables creados en el periodo de 1993 a 1998, alcanzando volúmenes absolutos que superaban por casi 45,000 a los generados en la ciudad de Tijuana y por más de 70,000 a los generados en

Monterrey o Guadalajara, ciudades, estas últimas, que la duplican en tamaño, la situación en este indicador extremo de la conducta delictiva, muy lejos de mejorar, se disparó alcanzando niveles extraordinarios. Tendencia claramente revelada en el estudio de Martínez y Howard, donde al analizar el comportamiento de la tasa de homicidios dolosos en Juárez y Tijuana se documenta que, en ambos casos, hay un ascenso notable, observándose que en el primer caso la tasa masculina, entre 1993 y 1995, casi se triplicó, ascendiendo de 19.7 a 56.0 por cada cien mil personas; tasa que después parece haberse estabilizado en un nivel próximo a 40 homicidios, pero muy por encima de lo registrado en los años ochenta.

### **5. Crimen y trabajo: una nueva hipótesis robusta**

En esta comparación surge una pregunta: ¿cómo explicar que cuanto más nos acercamos al pleno empleo más se pronunciaron las tendencias delictivas? Para empezar, con estos hechos es claro que el sueño de desterrar nuestra leyenda negra comprometiéndola a la mayor parte posible de los trabajadores en un régimen moderno de trabajo industrial, no pudo tornarse en realidad. No era ingenuidad la que estaba detrás de esta asociación entre trabajo

industrial y nivel de las tendencias delictivas. Lo cierto es que tales nexos entre los estudios del crimen tienen cierto fundamento, pues en la experiencia de muchos países europeos las tasas de delitos, en general, son muy bajas, y cuando llegan a elevarse, regularmente se asocian a la presencia de grupos marginados integrados por minorías, inmigrantes recientes o grupos sociales que por sus atributos personales encuentran dificultades para insertarse laboralmente en la sociedad.

Como muestra de ello, en fecha muy reciente Pete Hamill, un conocido periodista, explicaba que los elevados índices delictivos registrados en ciudades norteamericanas como Nueva York, Chicago o Washington eran resultado de la marginación laboral acumulada y transmitida de generación a generación entre los miembros de algunas familias de color. Estableciendo así un nexo entre desempleo y crimen, anotaba: "En algunos barrios y en demasiadas familias, los niños crecían sin conocer a nadie que hubiera trabajado... no debiera sorprender lo que vino después: la drogadicción, el alcoholismo, la violencia".<sup>2</sup>

Pero es evidente que si éste es un modelo que ayuda a entender parte del problema en sociedades más avanzadas, en la nuestra no parece cumplirse y, después de la experiencia observada en Ciudad Juárez, lo menos que puede sostenerse es que, bajo una organización social como ésta, la relación entre crimen y trabajo industrial parece trivial, pues a pesar de que hemos reducido el ocio involuntario y voluntario a su mínima expresión, las olas delictivas casi nos llevan al naufragio. Acaso por ello se justifica plantear una hipótesis opuesta donde no se vinculan desempleo y criminalidad y se reconoce, como ocurre en Juárez, que los índices de delitos graves caminan de la mano con la mayor participación laboral de la población en general y, en particular, con la crecida presencia laboral de las mujeres en edades de atender y formar a sus hijos. Bajo tal óptica, el principio tan divulgado, válido para la experiencia norteamericana, que supone que en la mayor parte de

Dossier  
  
**UN FANTASMA  
QUE RECORRE  
EL MUNDO**  
EL ROSTRO DE LA VIOLENCIA





## Dossier

### UN FANTASMA QUE RECORRE EL MUNDO EL ROSTRO DE LA VIOLENCIA

las conductas delictivas subyacen el ocio, el desempleo o diversas formas de marginación laboral está lejos de aplicarse entre nosotros; así podremos dar cuenta de un proceso de expansión social muy distante del modelo tradicional en el que las cargas laborales de los miembros de las familias que dentro de nuestro contexto cultural mejor habían cumplido con el indispensable trabajo doméstico y la labor de vigilancia asociada a la formación de los niños, adolescentes y jóvenes, son en muchos casos tan intensas y extenuantes que han provocado el colapso de las estrategias familiares orientadas al cuidado de los hijos.

No hay en contraparte forma de sufragar el costo de esta vigilancia, por mucho tiempo practicada en familia, pues los salarios, lejos de crecer, se mantienen estancados y el trabajo doméstico pagado, además de disparar sus precios, nunca ha estado al alcance de las familias trabajadoras. Respecto al sistema de mantenimiento público, éste ha sido ciego y en muy poco ha contribuido a compensar esta necesidad emergente de atención extraordinaria a los hijos de las familias trabajadoras.<sup>3</sup> En cuanto al sector privado, desgraciadamente la mayor parte de los trabajadores que corren el riesgo de una desestructuración de sus familias laboran para empresas propiedad de sociedades cuyas sedes están muy alejadas de nuestra ciudad, y sus políticas de mejoramiento comunitario difícilmente los alcanzan. En suma, un nuevo rumbo de los estudios para dar cuenta de la elevada criminalidad que hoy lastima a nuestra ciudad nos lleva a destacar la combinación de nuevos factores muy típicos y casi exclusivos de las ciudades fronterizas. Hablamos de una sobrecarga laboral en empleos formales mal remunerados, soportada por miembros de la familia responsables del cuidado y formación de las nuevas generaciones que no encuentran relevo en familiares o trabajadores domésticos ni en programas de asistencia públicos o privados, lo que ha provocado graves problemas de desintegración y formación familiar que abonan, como ningún otro factor, un clima social extremadamente

vulnerable a la generación y reproducción de patrones de conducta delictiva.

<sup>1</sup> Para documentar las tendencias que han seguido los homicidios en Ciudad Juárez y, en particular, los de mujeres durante la década de los años noventa, ver: Comisión Interamericana de Derechos Humanos, Organización de los Estados Americanos, "Situación de los Derechos de la Mujer en Ciudad Juárez, México, El derecho a no ser objeto de violencia y discriminación", publicado el 7 de enero de 2003. También el trabajo de Georgina Martínez y Cheryl Howard, "Mortalidad por homicidio, una revisión comparativa en los municipios de Tijuana y Juárez, 1985-1997", s.f., 25 pp.

<sup>2</sup> Pete Hamill, "Historia de dos ciudades". *Letras Libres*, 5, 1 (mayo, 1999), p. 11.

<sup>3</sup> Martin Carnoy describe cómo este proceso de pérdida de control sobre la reproducción de la familia se manifiesta en sociedades más avanzadas, sin que las políticas de bienestar, tan mermaidas por los gobiernos neoliberales, puedan asistir oportunamente a las familias. Véase, de este autor, *El trabajo flexible en la era de la información*. Alianza, Madrid, 2001.